

Crónicas del Cajón del Maipo

Una Aventura en el Tupungato... **Cuarta Parte: la montaña a veces perdona**

Prof. Roberto Román L.
Universidad de Chile

Hace dos semanas relatamos como Manuel Muñóz con sus dos compañeros quedaron en el campamento alto del Tupungato (cerca de los 6.000 metros de altura). En el intertanto, su arriero, don Hernán Fajardo volvió a bajar a las "Vegas de los flojos" a esperar 48 horas para ir nuevamente a buscar los expedicionarios. En 1948 el Tupungato había sido escalado pocas veces y en solo dos ocasiones anteriores por el lado chileno. La arista que se usa para alcanzar la cumbre es prácticamente la loma divisoria entre el lado chileno y argentino.



1. Hernán Fajardo en un refugio al interior de Maitenes. Al fondo se ve el Piuquencillo. Foto de 1942

Si bien técnicamente el Tupungato no ofrece grandes dificultades, hay dos enemigos que acechan al que se aventura a conquistarlo: los temporales de viento y nieve y la puna. De estos dos enemigos, la puna es más sutil, pues mina la voluntad del afectado

sin que él se dé cuenta y además hace que el juicio se nuble. Sigamos el relato acerca de cómo Manuel Muñoz se decide a atacar desde el campamento alto hacia la cumbre:

"...A las tres de la mañana me despertaron. En estos momentos me sentía desganado. No atribuí esto al enrarecimiento del aire, que durante la noche debe haberse agudizado en la carpa... ..En tal predicamento le contesté a mis compañeros:

- *Como voy a subir solo, partiré más tarde - y seguí durmiendo.*

Cuando me volvieron a despertar, a las siete de la mañana, salí de la carpa sin experimentar ninguna molestia orgánica, no obstante haber sentido náuseas momentos antes.

Radiaba un sol esplendoroso. Le pedí a Tenorio su parka, que era de doble tela y más gruesa y agregué:

- *Como a las doce salgan a observarme.*

Mantenia la idea de que en cinco horas podía llegar a la cumbre, apreciación que me ha rectificado Carlos Piderit, quien sostiene que desde el punto donde me hallaba, con suerte, debía demorarme entre siete y ocho horas. Esto indica que no se debe empezar a subir tan tarde."

En estos momentos Manuel Muñoz estaba sufriendo los primeros síntomas de la puna. Estos se agudizaron con el esfuerzo físico y la falta de hidratación:

"Da fuerza al hecho de que partí sin discernimiento desde el sitio donde quedaban mis amigos el no haber llevado el testimonio que debía dejar en la cumbre si llegaba a ella; ni la sandwichera con chocolates y pastillas, mis alimentos de emergencia; ni el botiquín con los elementos indispensables para cualquier contingencia; ni el saco de dormir que jamás debemos abandonar en las alturas.

Tenorio y Gaete, que deben haber estado dormitando mientras me preparaba fuera de la carpa para partir, no pudieron darse cuenta que en esos momentos pasaba por un estado de trastorno mental, y solo al haberse cerciorado que no llevé esos objetos indispensables debió ponerlos en antecedentes sobre el estado de mis facultades perturbadas...

...Nueve horas deben haber transcurrido mientras subía, y estando a pocos metros de las rocas donde esperaba llegar, instintivamente regresé, ignoro si por lo avanzado de la tarde o porque sentí mis rodillas débiles...

...Difícilmente empecé a bajar, y como los músculos de las piernas se negaban a responder a mis requerimientos, me vi obligado a cruzar hasta un planchón de nevado, por donde me deslicé - para hacer menos penoso mi descenso - hacia el punto en que yo imaginaba vagamente que se encontraba nuestro Campamento Alto...

...Para suerte mía, esa noche caí en un campo de penitentes, y el clarear del alba me halló allí, luchando por salir de esa maraña de conos de hielo, lo que impidió que el sueño me rindiera, circunstancia que me habría sido fatal..."

A estas alturas, Manuel Muñóz siguió bajando más por instinto que por designio. Tampoco se hidrató de manera adecuada, por lo que vagó en ese estado semi lúcido, alucinando e incluso imaginándose que veía y escuchaba personas. Paulatinamente se fue alejando del lado chileno y bajando hacia el lado argentino. Ya a menor altura fue recuperando la conciencia:

"...Al atardecer de ese día, que era lunes, llegué, quebrada abajo, a un valle amplio y flanqueado por altas montañas. Me senté en unas rocas a descansar, y al contemplar el río me di cuenta de que mis sentidos volvían a su estado normal. Experimentaba en esos instantes la reacción que se opera en el cerebro que va recobrando paulatinamente la lucidez, y sentí que mis ideas difusas se iban ordenando...

...No tenía la menor idea del sitio donde me encontraba, y era imposible verificarlo, porque una serie de altas cumbres me impedían toda visual amplia. De inmediato supe por el sol hacia que lado estaba el Poniente, dirección en que se encuentra Santiago de Chile...

...Por el momento no medí las dificultades que tenía que vencer para salvarme. Estimaba que si no encontraba a mis compañeros, necesitaría dos días para llegar a algún sitio poblado...

...No había transcurrido una hora desde que comencé a andar, cuando ya las sombras de la noche empezaron a invadir la quebrada por donde iba. Momentos más tarde me recosté a descansar sobre las piedras de un rodado, sin la menor protección. Mi ánimo no era dormir. Ni siquiera me puse la parka que llevaba amarrada a la cintura, pero el agotamiento y la oscuridad me vencieron y caí en brazos de un profundo sueño...

...Intensas convulsiones producidas por el frío reinante y el castañetear de mis dientes me despertaron a las cinco de la mañana, y entonces vine a darme cuenta de la terrible realidad: ...Me estaba helando..."

El extraviado Manuel Muñóz siguió bajando por estos valles. Tuvo que pasar seis otras noches en la montaña, aunque a alturas inferiores donde el riesgo de congelamiento era menor. Pasó por dos situaciones que lo tuvieron al borde de la muerte: un

derrumbe de rocas y un cruce de una zona de acantilados en la noche. Veamos un extracto de esta parte del relato:



2. Exequiel Ortega a la derecha, junto a Rogelio y René Ortega se acercan al Tupungato. Foto de fines de los años 40.



3. La avalancha de rocas que casi mata a Manuel Muñóz

"...No serían más de doscientos metros los que tuve que bajar para llegar al lecho del río, y mientras los recorría, los copos de nieve que el torbellino llevaba en todas direcciones... ...me producían una molestia tan desagradable, que me obligó a buscar refugio en un nicho formado por una grieta.

Escasos segundos habían transcurrido desde que estaba en ese lugar, cuando un formidable estruendo pasó por la chimenea por donde iba descendiendo, estrépito que era motivado por un enorme alud de piedras que fue a caer al río..."

Lo que sigue ocurrió dos noches después del episodio anterior:

"...Más de una hora caminé en ese estado y solo pude salir de él al cerrarme el paso una garganta por donde se precipitaba violentamente el río. A ambos lados de su lecho, paredones verticales de piedra que lo encajonaban. Tal obstáculo me hizo volver en mí y buscar la manera de salir de eso que parecía un callejón sin salida..."

...Muy cerca de la cumbre, el farellón me cerró el paso con una muralla imposible de franquear. Me vi obligado a descender en busca de otra ruta. Cuando lo hacía, en medio de ese lugar tan lleno de dificultades, ya que era un descenso por rocas casi perpendiculares, al llegar a un planchón con mucho menos inclinación resbalé en una piedra lisa, y al perder la estabilidad, rodé más de veinte metros... ...mi primera reacción fue ponerme boca abajo y poder frenar la velocidad clavando el piolet que llevaba asido fuertemente... ...Muchos fueron los metros que lo arrastré por el roquerío, sacando chispas de las piedras, hasta que conseguí anclarlo en una grieta, y aferrándome a él, quedé colgando casi como un péndulo..."

Desde este punto extremo, Manuel Muñoz logró bajar después de seis horas de esfuerzo. De allí alcanza las riberas del río Tupungato y un refugio de la senda que lleva a Chile. Al cabo de dos noches adicionales y el cruce del río, logra llegar a Punta de Vacas, donde finalmente encuentra auxilio y un rescate.

En el intertanto sus compañeros de cordada buscan inútilmente sus rastros al no regresar él de la cumbre. Cuando regresa don Hernán Fajardo, siguen buscando y finalmente deciden bajar en busca de ayuda para organizar una expedición mayor.

Pero al llegar a Alfalfal encuentran un obstáculo inesperado. Al partir hacia el Tupungato eran tres; al regresar eran solo dos. Carabineros quedó convencido de que el fugitivo Pablo Neruda se les había escabullido entre los dedos y salido hacia la Argentina. Tanto don Hernán como sus compañeros estuvieron a punto de ser detenidos por haber ayudado a escapar al poeta prófugo.

Solo cuando desde Argentina llegan noticias de que Manuel Muñóz apareció en Punta de Vacas y que **no se trata** de Neruda, el problema se soluciona. Allí ellos pueden volver a subir hacia el Tupungato a buscar a otros amigos de la montaña que habían partido en la búsqueda del andinista extraviado...



4. Cruzando el río Tupungato en las etapas finales de la aventura

Este relato, que hoy finalizamos, da cuenta de cómo los Andes, tan duros e inhóspitos, en esta ocasión dejaron que saliera indemne de su corazón un aventurero. La relación entre Hernán Fajardo y Manuel Muñóz se mantuvo por muchos años más. En efecto, la montaña y la aventura en común los unió, por lo cual siguieron viéndose hasta fines de los años 60, cuando falleció Manuel Muñóz.

Nota: agradezco muy en especial a don Hernán Fajardo y su hijo Osvaldo, quienes facilitaron su tiempo, recuerdos y materiales que hicieron posible esta "Crónica".



5. Don Hernán Fajardo en la actualidad (a la derecha), junto a su hijo Osvaldo, quien hereda la tradición de la montaña